

El pazo de Goiáns

Ocurrió en COU, un poco antes de la segunda evaluación. El profesor de Historia me suspendió el trabajo de investigación sobre la Torre de Goiáns: «Es de muy poco rigor histórico, aunque he de decir que te pondría un diez en literatura fantástica. Te doy una semana para que lo arregles». Arrastré mi cuaderno, el trabajo y el bolígrafo azul del pupitre a mi mochila roja y me fui de clase entre las carcajadas de mis compañeros que coreaban: «En Sálvora la Sirena canta con esmero, allí nace el primer Mariño, mitad pez y mitad marinero.»

De esa época apenas tengo recuerdos de los chicos de mi edad, salvo de los que me decían “empollona”, “pardilla”, “cuatro ojos” y me disparaban granos de arroz con la cerbatana de un boli BIC. Con tan pobres estímulos masculinos para mí los chicos no pasaban de ser una entelequia.

Recuerdo que ese día hacía temporal y el viento me impedía abrir la puerta del instituto. Conseguí escaparme entre dos ráfagas. Crucé el patio hasta el bosque de pinos y eucaliptos que anunciaba la playa. Me senté en la arena húmeda salpicada de algas mezcladas con piñas pequeñas y bayas leñosas de los eucaliptos. Las hojas afiladas de los árboles volaban arremolinadas y me picaban en la cara.

El viento me provocaba molestias en las orejas y me cubrí la cabeza con la capucha de mi sudadera negra de *Mi vecino Totoro*.

Bajé las mangas de la sudadera y contemplé el mar mientras sus olas me acunaban y mi respiración imitaba su armonía. Recuerdo que ese día su esencia, mezclada con la de las hojas de eucalipto, me hormigueaba en la nariz y en los ojos.

Cuando me calmé saqué de la mochila roja mi trabajo sobre el Pazo de Goiáns y repasé, en la primera página, las instrucciones que nos dio el profesor: ¿cuándo fue construido?; ¿quiénes fueron sus propietarios originales?; papel en los distintos periodos históricos; estilo arquitectónico y características que lo hacen único; impacto en la cultura de Boiro; eventos clave, ... Y, lo más importante, el profesor de Historia nos remarcó que usáramos sólo fuentes confiables.

Yo me defendí: «El grueso de mi trabajo se basa en el testimonio de Manola, la señora que cuida a mis hermanos pequeños. Ella se encarga de poner en orden todas las estancias del pazo cuando vienen los propietarios a pasar las vacaciones».

Cerca de la orilla, de entre espuma y algas, emergió un hombre joven desnudo, muy bello. El joven submarino, de piel lisa, iridiscente, de color mar enfurecido, se plantó en la orilla, delante de mí, con las piernas abiertas, los pies cubiertos de arena y el agua hasta las pantorrillas. Subió sus largos brazos por encima de su cabeza y comenzó su baile con un lento e infinito movimiento de vaivén. Sus músculos azules se tensaban y relajaban al compás de las olas mientras, sus brazos bailaban como un lazo en un ventilador. Con sus manos atraía y desplazaba las nubes provocando un espectáculo de luces y percusión. Mientras la coreografía avanzaba *in crescendo* su roce me alcanzó y rompió mi resistencia a aceptar lo anómalo.

El joven me recordó a las historias que Manola me contó del Pazo y que tenían su origen en el encuentro de una sirena muda y de un caballero que paseaba por la isla de Sálvora. El caballero se enamoró de la sirena y ahí empezó la saga de los Mariño, que fueron los primeros propietarios del Pazo.

En la danza, su cabello azul cobalto un poco largo, le besaba el cuello con desenfreno, pero mis ojos se precipitaron hacia el movimiento hipnótico y sinuoso de

sus caderas en busca de la marca de escamas que Manola me dijo que tenían los niños Mariño de ojos azules que fueron entregados al mar como ofrenda al pueblo de la sirena.

El joven submarino adelantó su mano derecha hacia mí y tocó mis dedos hasta engancharlos. El cese de su danza provocó el final de la tormenta que llenó el ambiente de una súbita serenidad impregnada de esencia marina.

Con los dedos entrelazados caminamos por la orilla hasta la desembocadura del río Coroño. La arena se pegaba a mis *All Star* blancas empapadas de agua salada. La marea estaba baja y en el estuario rodeado de pinos y robles apenas se intuía el agua tapada por la vegetación.

El ser submarino me cogió en brazos y atravesó la marisma en la que campaban gaviotas, patos salvajes, garzas, somorgujos de cuello negro y pequeñas embarcaciones de colores varadas en el lodo. Al llegar a la otra orilla me posó en la rampa de un embarcadero de piedra.

Subí la pendiente detrás del joven hasta la puerta de madera que daba acceso a los jardines del pazo protegidos por el alcornoque centenario que competía en altura con la Torre anexa al pazo. Al traspasar la puerta rocé sin querer con mis dedos su cadera rugosa y viscosa. Su textura de pez me provocó una cadena de escalofríos y le susurré: «Mariño».

Caminamos entre unos arbustos cargados de bayas rojas hasta llegar a la fuente de la sirena a la que daba sombra una camelia sasanqua. Mariño se detuvo ante el estanque de piedra circular. Se agachó y raspó con sus uñas el musgo verde que cubría la base de la fuente y descubrió una inscripción en la piedra: *Ego Mater omnium*

Mariños. La anoté con un lápiz en los márgenes de mi trabajo junto con lo que supuse que sería su traducción.

Mi compañero se incorporó y me arrastró hasta unas dependencias de piedra con puerta de madera de doble hoja a juego con las ventanas pintadas de negro. Encima de la puerta había un escudo con la piedra tan gastada que no pude identificar ninguno de los símbolos tallados. Me asomé al interior, pero Mariño me detuvo, la estancia tenía parte del techo derrumbado. Cogí de entre los escombros unos papeles amarillos, con los bordes marrones. En ellos se registraba, en tinta sepia, con una letra picuda con caracteres adornados por unos remates pequeños, una lista de nombres y apellidos de hombres y mujeres: Beatriz Triñanes, 7 de agosto de 1675 - 15 de diciembre de 1675, Brujería y hechicería; Rodrigo Hermo, 23 de abril de 1676 - 2 de mayo de 1676, Robo de sacos de manzanas en el lagar... Enrollé los papeles y los metí en mi mochila. «Estos eran los calabozos, ¿verdad?» Mariño asintió con la cabeza y me sujetó un brazo para guiarme por el patio hasta el edificio principal, en forma de ele. Lo que más destacaba de su fachada de piedra era su falta de adornos. El único ornamento era el blasón, tan gastado como el de los calabozos, aunque en este me pareció identificar una sirena.

Entramos en el vestíbulo del Pazo. La madera oscura de las vigas que sujetaban el techo crujía y parecía que los travesaños se iban a caer en cualquier momento. Dentro apenas quedaban muebles. Me sorprendió lo bien conservado que estaba el suelo de baldosas cuadradas de tonos azules y grises que imitaban un patrón de mosaico marroquí. Las paredes de piedra del salón estaban salpicadas de composiciones de azulejos, la mayoría eran escenas marinas, aunque la que se conservaba en mejor estado era una del apóstol Santiago a caballo, con la espada alzada y en el suelo dos hombres con turbantes. Mariño rebuscó en los cajones de un aparador, me miró y con los hombros encogidos y las manos vacías hacia mí, negó con la cabeza.

Me hizo un gesto con la mano y lo seguí hasta el acceso a la Torre. La escalera de caracol, de piedra y muy angosta, daba paso a una sala cuadrada de techo abovedado en la que había un camastro. Al lado de la chimenea había un arcón de madera y de cuero. En el arcón encontramos un plano con todas las dependencias del Pazo a finales del siglo XVII y unos papeles en una carpeta forrada de lino raído que Mariño metió en mi mochila.

Subimos a la parte superior de la Torre, una terraza rodeada por una balaustrada que la disfrazaba de edificación defensiva. Las vistas eran impresionantes, con ayuda del plano identifiqué la ría de Arousa y sus archipiélagos, el palomar blanco y cilíndrico, el techo de la capilla comunicada con el edificio principal, el hórreo de tres claros, el alpendre de las caballerías, el lagar de la sidra, los manzanos, los nogales y la casa de los criados.

Bajamos por la angosta escalera con los dedos entrelazados y deshicimos el camino hasta el embarcadero. Mariño me cogió en brazos y atravesó la marisma con el agua hasta las caderas pues había subido la marea. Me dejó en el puente de Praia Xardín y señaló el instituto. Me quedé unos segundos ensimismada, me imaginé en clase de Historia exponiendo de nuevo mi trabajo. Cuando me di la vuelta, Mariño había desaparecido en el mar y su estela en pocos segundos se perdió en el infinito.